

Dominique Sylvain

Ella duerme aquí

Traducción del francés de
Vanesa García Cazorla

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*En el arenal,
por más que me giro,
no hay huellas.*

HOSAI OZAKI

Para Stéphanie y Thomas

Yudai

*Tokio, martes, 6 de octubre de 2015,
5:15 h*

El Café Château estaba cerrando. Por fin.

Yudai acompañó a su cliente.

En el ascensor, ella se pegó a él, lo miró con adoración, hundió una mano bajo su cinturón y le acarició el nacimiento de las nalgas. Los espejos reflejaron sus cuerpos multiplicados.

El infierno se parece a esto — pensó él—. Una lata atestada de millares de akikos. Y yo, prisionero de esta caja para la eternidad.

—Dime que para ti soy la única.

La princesa de las burbujas en plena crisis romántica. Antes de venir al Café Château para relajarse, había satisfecho en cadena a sus clientes en su *soaplant*. Para enjuagar el jabón y la sordidez necesitaba su dosis de fantasía.

Había bebido de más y se tambaleaba con sus altos tacones; él la guio hasta la salida. Lo suyo era prolongar los preliminares. Ella había pagado una fortuna para tenerlo en exclusiva el mayor tiempo posible. Servicio *premium*. Resultado: él tenía las mejillas entumecidas y una migraña de caballo.

Él le dice lo que ella anhelaba escuchar.

—Estoy mejor contigo que con las demás, Akiko. Eres muy femenina.

—¿Sabes lo que me da miedo?

—No tienes ninguna razón para tener miedo.

Ella se acopló en sus brazos, plantó sus uñas decoradas con los símbolos del yin y del yang en su chaqueta. Esa noche, su centelleante sombra de ojos le corría por las mejillas, era a la vez feo y hermoso, y había cambiado el color de su pelo. Los reflejos pelirrojos acentuaban su faceta de mujer taimada.

—No estoy segura de soportar esto durante mucho tiempo, Yudai.

—Hablas como si quisieras dejarlo.

—No, pero no es fácil pescarte.

—Soy un producto de lujo para ti, ¿es eso?

—No es eso lo que he querido decir. Me conoces. Si fuera demasiado fácil, no me gustaría.

—Entonces, deberías comprender que yo no te quiero de una manera sencilla tampoco.

—¿Es eso verdad?

—No seas infantil. Mi trabajo devora mi tiempo. Lo sabes.

—Por supuesto, lo comprendo...

—Esta presión me hace perder el control y no me gusta. Es imposible tener una relación en estas condiciones, Akiko. Deja que el tiempo decida por nosotros. Esto es todo cuanto podemos hacer.

Siempre los mismos argumentos. Hasta ahora, esto había funcionado como una fórmula mágica.

Acurrucada contra él, miró el cielo musitando: «Yudai, yo estoy bien contigo...». Él remedó su actitud. Los neones transformaban las calles en un gigantesco caleidoscopio que el alba naciente trataba de disolver. Un irresistible espectáculo, uno que, sin embargo, ya había visto en incontables ocasiones.

Al principio Kabukicho le había parecido excitante. Chicas sexis, conversaciones delirantes y unos métodos de seducción que había que refinar cada noche. El barrio de los placeres de Tokio era un inmenso terreno de juegos, y él estaba en el equipo de los mejores jugadores. Gracias a este don, comprendía de manera instintiva a las mujeres e intuía sus necesidades. Sabía escuchar, encontrar las palabras justas, aplacar su soledad.

En poco tiempo, había hecho del Café Château un reconocido bar de chicos de compañía. Con una clientela joven y un am-

biente divertido, la pasta fluía a raudales. Al menos, al principio. Desde hacía unos años, la economía estaba estancada, y los efectos se resentían hasta en Kabukicho, donde los clientes empezaban a escasear. Por desgracia, las prostitutas como Akiko y las chicas de compañía de los bares constituían la clientela esencial del Café Château.

Akiko y sus compañeras evacuaban su estrés con los únicos hombres susceptibles de comprenderlas sin juzgarlas: los chicos de compañía. Solidaridad de los trabajadores del *mizu-shobai*¹, el negocio de la noche.

Yudai y sus compañeros se ocupaban de aquellas almas perdidas. Tenían que fingir amor ante ellas. Encender cigarrillos, tranquilizar, hacer cumplidos, hacerlas reír, jamás levantar la voz, crear cierta intimidad, pero manteniendo la distancia. Y negarse, en la medida de lo posible, al sexo, con el fin de no hastiarlas demasiado rápido y de que así estas tuvieran ganas de volver. Trabajaban en el límite entre la seducción y la negativa a entregarse. Además, ellos eran un pozo de discreción a quienes ellas confiaban sus pensamientos más secretos, esas confidencias que ni siquiera hacían a sus mejores amigas.

La rutina imponía que se bebiera. Más de lo razonable. Para aumentar la cuenta. Cada chico de compañía vomitaba discretamente ríos de alcohol. Beber, vomitar, beber, vomitar; y alimentar las conversaciones y mentir. El trabajo era más que agotador. Era extenuante.

Yudai ayudó a su clienta a subir a un taxi.

—Gracias por todo, Akiko. Has estado fantástica conmigo esta noche. Hasta pronto.

El coche se alejó, él sintió su cuerpo destensarse.

Liberado.

Volvía a ser vagamente él mismo, ya no tenía que acariciar el ego sobredimensionado de aquella chalada.

Entre las parroquianas, Akiko era la que menos le gustaba.

¹ Literalmente, *mizu-shobai* significa «comercio del agua», eufemismo empleado para referirse al mundo de la prostitución en Japón. (*Salvo que se indique expresamente, todas las notas son de la autora.*)

Inteligente pero retorcida, decía estar dispuesta a morir por él. Su labia no era sino manipulación. En realidad, ella quería poseerlo para destruirlo mejor, para vengarse de lo que sus propios clientes la hacían soportar.

Volvió al bar y leyó sus correos electrónicos. Kate no había dado señales de vida. La víspera, ella había intentado llamarlo hacia el mediodía, sin dejar mensaje. Después, nada más, imposible localizarla. Y eso que, precisamente, habían quedado en ir a Hanazono, algo que se había convertido en un ritual para ellos, varias veces por semana. Verse un momento en el santuario sintoísta del barrio para solazarse e irse cada cual por su lado, apaciguados.

La telefoneó, escuchó una vez más el mensaje bilingüe de su contestador. Su acento era gracioso y conmovedor. En la boca de la amiga inglesa, la lengua japonesa, tan plana y tranquila, parecía una montaña rusa.

¿Por qué no respondes? No lo entiendo.

Tuvo que contar los ingresos de la noche y meterlos en la caja fuerte. Su empleado le anunció que habían hecho un veinte por ciento menos que el mes anterior, una mala noticia; con todo, tampoco era una verdadera sorpresa.

Los chicos estaban tan derrotados como él, se despidieron enseguida. *Mata ashita*. Hasta mañana.

En el camino hacia Hanazono, envió un SMS. «*Kate, respóndeme. ¿Tienes algún problema?*».

La avenida estaba desierta. Lanzó una moneda a la caja de óbolos, tocó la campana con la cuerda y la golpeó dos veces con las manos antes de unir estas para pedir un deseo.

Quiero encontrar la manera de cambiar de vida.

Aguardó en su banco favorito mientras contemplaba cómo se extinguían las luces de Kabukicho. En ocasiones, Kate llegaba con retraso, una costumbre que nada tenía de japonesa. Ella acudiría, le gustaba aquel apacible lugar tanto como a él. «*Después de estas noches abumadas, Hanazono me limpia los pulmones y el espíritu, Yudai*».

Ella era la única con quien él podía confiarse, ser él mismo. Antes de verla, de vez en cuando, sentía una profunda turbación. ¿Quién era ese muchacho llamado Yudai que moraba en la misma piel que él? A fuerza de ocultar su personalidad para jamás defraudar a sus clientas, ya no estaba seguro de existir.

No había olvidado la fecha en que se conocieron. El 3 de marzo, día del festival de las Muñecas.

Ella se había presentado en el Café Château con un aire disdendido y había pedido que él fuera su chico de compañía. Los primeros minutos, lo había invadido el desconcierto. En primer lugar, porque ella era atractiva. Tan alta como él, con una espesa melena rubia de tipo indómito y un rostro triangular dominado por unos enormes ojos azules. Charlar en un japonés elemental con una extranjera no era un deporte fácil, pero ella lo había sorprendido. Su japonés era excelente, y ella había acaparado su atención. Los papeles se habían invertido. Yudai el engatusador había sido seducido por Kate la fabuladora.

A ella le gustaba Hina Matsuri, ese momento una vez al año en que se sacaban unos aparadores para exponer en pequeños estrados unas muñecas que representaban la corte imperial de la era Heian. El rito sintoísta atribuía a esas figurillas transmitidas de generación en generación la facultad de absorber los infortunios de los vivos durante seis meses. «*Me gustaría creer en su poder, Yudai*». Ella conocía minuciosamente la costumbre y la encontraba «poética».

Kate, cultivada, divertida y sin pretensiones. Una devoradora de libros.

Al cabo de media hora, tiró la toalla. Su amiga habría tenido un imprevisto, conque ya se verían en otra ocasión.

Rayaba el día. Abandonó el santuario.

En el taxi, luchó por mantener los ojos abiertos. En unos cuantos minutos, podría al fin desplomarse en su cama.